

LA FUENTE ALADA

Y OTROS CUENTOS



PALOMA COMUÑAS
GLORIA MUÑOZ
ANDRÉS PIÑERO PÉREZ
MARA ONA
PALOMA MARTÍNEZ MOLINA
JAVIER RUANO
RICARDO SOLER

LA FUENTE ALADA

Y OTROS CUENTOS

PALOMA COMUÑAS
GLORIA MUÑOZ
ANDRÉS PIÑERO PÉREZ
MARA ONA
PALOMA MARTÍNEZ MOLINA
JAVIER RUANO
RICARDO SOLER

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2023

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *La fuente alada y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2023

C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)

Teléfono: +34 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-3-3
Depósito legal: MU 421-2023
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	7
LA FUENTE ALADA PALOMA COMUÑAS	9
GIRA GLORIA MUÑOZ	15
EL NIÑO BURBUJA ANDRÉS PIÑERO PÉREZ	19
LA BOLA VERDE MARA ONA	25
NADA NI NADIE PALOMA MARTÍNEZ MOLINA	31
ANIMALADAS JAVIER RUANO	35
UN GIGANTE LLAMADO AMISTAD RICARDO SOLER	45
«AHORA TE TOCA A TI»	55
«ÉRASE TU VEZ»	63
ANEXO	73

PRÓLOGO

Érase tu vez es una caja de sorpresas, cada edición nos trae algo nuevo, un misterio más para añadir a la ya larga lista de asombros. Esta edición —la número 16 ya—, ha sido una de esas ediciones en las que la fascinación nos dejó sin aliento. Las sincronicidades se sumaban una tras otra y nosotros, maravillados como niños y niñas con un juguete nuevo. Era la magia del encuentro de siete personas con mucha sensibilidad.

Jugando, riendo, escribiendo, haciendo el autorretrato con arcilla o bailando y cantando se pasaron las horas en un pis pas. La complicidad del grupo era total y el resultado lo vas a leer en este libro en formato de cuento o, mejor dicho, como mitos contemporáneos. Porque de eso se trataba, de escribir sin pensar, de jugar con las palabras y abrirse al espacio de la Imaginación, la que se escribe con mayúscula porque nos llena el alma y permite que se llene también la de quien lo lee, es un trabajo compartido.

Paloma Comuñas, Gloria Muñoz, Javier Ruano, Paloma Martínez, Mara Ona, Andrés Piñero y Ricardo Soler han prestado su saber hacer para que ahora podamos disfrutar de algo más que un cuento o mito, la magia del encuentro en el lugar donde vive Phantasia, la que nutre nuestros sueños e ilumina nuestros caminos más profundos. Acércate a estos relatos sin prejuicios, sin estereotipos, con la confianza de quien pasea por territorio conocido.

El taller se realizó los días 24, 25 y 26 de marzo en Murcia, en la Casa de la Piedra, y quedamos mucho más que satisfechos.

LA FUENTE ALADA

PALOMA COMUÑAS

Ella se asomaba a la ventana sin encender nunca la luz, para que nadie pudiera observarla. Sus ojos brillaban en aquella oscuridad, iluminada tan solo por la luz azulada de la luna radiante. Ella lo sabía. Luna era su guía y, cuando menguaba, le enviaba una estrella para mostrarle el camino.

Durante muchas noches, aquellos ojos enormes, oscuros y brillantes se dejaban llevar por olores a bizcochos recién hechos, por sonidos de verbenas, bailes que sacudían cuerpos, voces que contaban primeros amores, desengaños o traiciones. Desde aquella ventana, acurrucada en el rincón, ella podía ser cualquier cosa, Luna siempre le acompañaba.

Pero un día el sol salió con tanta fuerza, tanta pasión, con tanta luz, que se llevó a su guía. Ella lloraba y lloraba desconsolada, le costaba respirar, llamaba a Luna y sus estrellas y no obtenía respuesta.

—¡Luna, estrellas, salid de donde estéis, por favor! ¿Qué voy a hacer sin vosotras ahora? ¡Aquí sólo hay luz, todo el mundo me puede ver!

Buscó refugios oscuros persiguiendo el recuerdo de su luna, pero en todos la encontraba la luz y la sacaba sin piedad. Ahora tenía que comer ese bizcocho, bailar aquella música, enamorarse y

desenamorarse. Debía dejarse iluminar, aquella la luz que la hacía visible nunca se apagaba.

La espera de la noche se le empezó a hacer eterna. El sol le cegaba los ojos a cada rato.

—¿Qué quieres de mí, gran Sol? Sé que te la llevaste, pero, por favor, dime dónde está.

Sol no respondía, sólo le sonreía.

Ella, sin saber ya dónde meterse, salió como pudo una mañana y comenzó a andar diferente, esta vez anduvo mirando al frente a ver qué pasaba, estaba cansada de chocarse una y otra vez por no soportar la luz.

Al andar erguida se dio cuenta de que en el cielo había nubes, todos los días le visitaba una de ellas con un mensaje diferente. Ella las tocaba, las olía, las acariciaba, las saboreaba... sin casi darse cuenta de que el sol seguía ahí, creando su imagen, haciéndola visible.

—Sol, si encuentras a Luna dile que le agradezco aquellos años de refugio. Dile que puedo sola, que aquel abandono me dio estas alas y cuando la echo de menos las alzo sobre mí y me protegen formando una cueva, una cueva oscura, como a mí me gusta.

Un día de aquella eterna luminosidad comenzó a seguir una nube, ésta le dijo:

—Ven, te voy a enseñar otro mundo.

Caminaron durante días hasta que llegaron a un lugar que ella ni siquiera sabría describir, los olores eran más fuertes, los sabores más salados, la música nunca descansaba, los caminos no estaban marcados, el lenguaje era extraño. No sabía si aquello le gustaba o no, pero algo le decía que ese era su lugar y esa sensación era nueva, potente y liberadora.

—¿Dónde estamos, Nube?

—No lo sé, yo nunca había estado antes, la brisa me trajo hasta aquí.

—¿Dónde estamos, Brisa?

—No lo sé, yo nunca había estado antes, sólo me he dejado arrastrar.

En medio de aquel bello sinsentido comenzó a atardecer. Ahora ella era capaz de ver a Luna al mismo tiempo que a Sol. Todo le daba vueltas, los olores eran dulces y agrios, la música era alegre y melancólica, los amores eran de canela y veneno. El caos se apoderó de sus ojos oscuros y en ese momento Luna, Sol, estrellas y nubes tornaron en un solo cuerpo que ocupó el vientre de ella. Ella lo sintió niño, su niño.

—No quiero esto para ti mamá, vámonos.

Ella alzó sus manos al cielo, gritó fuerte, miró al frente y clavó sus piernas en la tierra. De sus pies brotaron unas raíces tan largas y llenas de vida, que pudieron viajar a través de ellas, como si fuera un tren. El vagón era estrecho, incómodo y avanzaba lento, pero llegaron.

Llegaron a un refugio, un hogar, donde les esperaban su madre y su abuela. Ella les abrazó, el abrazo fue tan fuerte que el niño explotó en pedazos de amor. Comenzaron a brillar por todo el hogar destellos de sol, de luna, de estrellas, pedacitos de nubes, olores a bizcocho recién hecho, pedacitos de bailes, de sabores intensos...

Aquel niño la devolvió al hogar que ella nunca había sabido ver, ni cuando le guiaba la luna, ni cuando le iluminaba el sol, ni cuando le guiaba su estrella, ni cuando perseguía nubes. Aquel niño le soltó la mano cuando se aseguró de que le agarraban otras.

Ahora ella era capaz de asomarse a la ventana encendiendo su propia luz.

De repente, allí estaba él, un colibrí enorme, sigiloso, suave, con un verde brillante que podía hipnotizarla, dejando una brisa reparadora con su vuelo constante diciéndole que todo esto no había acabado aquí —todo acaba de empezar—. El colibrí eligió el néctar de ella para alimentarse, el néctar de aquella flor de loto que

se reinventaba una y otra vez, que crecía en todos los fangos. Él revoloteaba libre alrededor, respetando siempre la libertad de ella.

Un día la flor de loto se reinventó en una paloma. Aquella paloma salvaje y el delirante colibrí volaron juntos surcando días y noches, soles, lunas, estrellas y nubes, descubrieron mares y montañas, alzando ríos y arroyos.

Y así, volando, abrazando oscuridad y luces, crearon su propia fuente alada.

GIRA

GLORIA MUÑOZ



rase una vez, o mejor dos veces.

La vez de una bola y la vez de un hombre. Pues eso, dos veces. ¿O serán dos voces?... sí, eso es. ¡Son dos voces!

Un hombre que vive, que recoge. Un hombre que atesora todos sus instantes en pequeños objetos preciosos que guarda cuidadosamente.

Una bola, una bola juguetona. Una bola preguntona. Una bola que gira.

¿Y por qué ellos? Pues, porque les toca.

El hombre es Pedro y la bola: Bola.

Bola, como ya os he dicho, juega, gira y se cuestiona. Su energía es liviana. Su voz cadenciosa. Ella goza, ella se atreve. Pero sabe qué es y cómo toca. Gira y gira y se mueve. Se cuestiona y eso la divierte.

Pedro, en cambio, es constante y persistente. Cuidadoso. Su energía es más melancólica. Y también es fuerte.

Son una voz, son dos voces. Se conocen y aprenden. Se toleran y repelen. Se ven, se sostienen.

Bola salta. Pedro espera. Ambos saben que el tiempo marcha. Y esto les pasa: la espera acaba y Bola salta. Bola salta y a Pedro le llega.

Llega a Pedro una taza frágil y bien empaquetada. La ansía desde hace mucho tiempo. Es la taza del medio, es la que falta. Es la taza rota, igual pero intacta. La mira y la toca. Es su taza. Llegó la hora.

Bola salta. La caída libre le agrada. ¿Comienza? ¿Acaba? ¡Qué importa! Ella está. Puede sentir algo nuevo, puede gozar igual. Es otro sonido el que ahora repite, es otro tacto el que siente. ¿Y seré bola siempre? —se pregunta. El cristal se irá desgastando hasta desaparecer, pero su esencia quedará flotando.

Pedro coge su taza y la lleva a su sitio. Antes de ponerla respira, observa todo lo que hay. Hay mucho, muchos tesoros guardados. La acerca delicadamente y la deja, confiado, donde tiene que estar. Algo pasa, pasa sin más. Una densa niebla se abre cubriéndolo todo. Pedro está, y sus preciosos objetos se están desvaneciendo. No le importa, no le inquieta. Pasa lo que tiene que pasar. Él respira, él está. Sus tesoros desaparecen y él se perfila con intensidad. Puede darse la vuelta, con un giro basta. No es que pierda, se acaba de ganar.

Bola gira, gira y gira en una vuelta tras otra. Sabe que algún día ella no existirá. Por lo menos como bola. Y también sabe que, en la locura de su juego, de su giro y cuestionamiento, ella se siente viva y esto la hace vibrar.

Estas son las veces, la vez que Pedro y Bola giran. Ella sin parar, él una vez más.

Ellos saben que saben. Se es, sin más.

EL NIÑO BURBUJA

ANDRÉS PIÑERO PÉREZ

Erase una vez un niño burbuja. Lo podríamos llamar con cualquier nombre. Él no era distinto a nadie, estaba rodeado de líquido, sí, pero se alimentaba como todo el mundo, amaba como el que más y crecía sin descanso. Y cómo no, como un niño normal que era, tenía amigos:

Placen nunca lo dejaba solo, lo protegía del mundo desconocido, le daba calor y abrazo constante, envolviéndolo en la fina capa de piel que lo hacía persona. Era divertido tocarlo y jugar a construir formas, no les gustaba estarse quietos y —aunque cariñosamente— tenían pequeñas disputas en las que intercambiaban patadas que los hacían no parar de reír. Siempre le decía que, cuando estuviera fuerte y preparado, lo dejaría ver a través de la luz, y que cuando llegase ese día, su función en la vida habría merecido la pena.

Cordi era distinto. Tenían una relación tan íntima y cercana que formaban parte el uno del otro. Hablaban poco, pero era la relación más especial que un niño podía tener. A veces se enganaba a él y estiraba, como le gustaba despertarse por las mañanas y agarrarse con fuerza, se notaba en paz, nunca le faltaba nada. Pero sin duda, su parte favorita eran los continuos banquetes que compartían, era un no parar, ¡qué glotones!

Li-am era el más inquieto, un chapuzón constante de alegría. Lo oleaba de un lado a otro, siempre con ternura, era la esponja que lo frotaba, la gota de bondad sobre la que humedecer sus días. Qué maravilloso era ver flotar a la amistad.

Todos se sentían parte de algo, fundidos en uno sólo. Experimentaban una conexión tan plena... un engranaje tan perfecto que sólo podía superar «M», la amiga imaginaria, la que sentía dentro de él.

No por esperado dejó de ser sorprendente. El vaticinado cambio, tan drástico y repentino, llegó. Devoró su constante placidez y trituró de golpe todos los rincones de su calma. Se quedó seco de tanto llanto, estranguló a *Cordi* para no resbalar al vacío del abismo. Sintió que de nada servían las patadas. Nunca se había sentido caer, tenía miedo y se había quedado solo, pronto acabaría todo...

Y ahí fue, en ese momento, cuando empezó. El contador se puso a cero y se apagó la oscuridad. Cegado por los rayos de vida, intuyó el apoyo del regazo más confortable y tierno que jamás hubiera idealizado. Y supo que ya la conocía, que había sido parte de ella, que ya no tenía que seguir imaginándola más, que lo que superaba al resto era el amor. Y tenía nombre: «M», una gran «M» mayúscula de Mamá.

Comenzó a ser la historia de un niño que ya no quería ser normal, que descubrió en la diversidad del mundo, la importancia de soñar despierto, de crear experiencias de las que desear ser parte, de batirse en duelo con el caos que a veces resultaba ser el laberinto de su mente. Era divertido protagonizar capítulos de su propia historia, negado a crecer conforme su cuerpo. No había nada más entretenido y emocionante que ser un niño y revelar que la magia existe y está escondida en cada rincón de la felicidad del que consigue verla.

Una buena tarde de sol, en la cima de aquel pequeño cerro que presidía imponente el recreo favorito de su largo camino, tuvo

una visión. Estaba en paz, respiró profundo y allí, junto a él, por fin, contempló a sus amigos. Les pudo contar a *Placen*, *Cordi* y *Li-am* lo feliz que había sido, y que, en todas sus aventuras, siempre estaban ellos. Y se quedó ahí, en ese momento, para siempre, jugando en el patio y volviendo a ser el niño burbuja, ni más ni menos raro que cualquiera, pero tan distinto a nadie.

LA BOLA VERDE

MARA ONA

En aquel lugar de colinas blandas, la gente caminaba dando pequeños brincos, pues el suelo mullido tenía el efecto de un suave trampolín. El silencio era parte de su rutina porque los sonidos rebotaban también en la acolchada superficie de aquellas tierras..

Allí todo era paz y tranquilidad, nunca en Dulcigar habían escuchado hablar de guerras. Era una palabra que ni siquiera existía, como tantas otras que pudieran entrañar un significado oscuro.

La energía era tan monótona y estable que todos se dedicaban a trabajar y a sus quehaceres diarios, hacían lo que tenían y debían hacer, sin más problemas.

Pero un día sin previo aviso, sin siquiera un sutil cambio en el ambiente, la suave brisa se convirtió en un fuerte viento. Los paisanos de Dulcigar, tan desacostumbrados a los sobresaltos, salieron de sus casas para ver si descubrían el origen de aquel brusco cambio en su entorno.

De repente, la sombra de una figura alada oscureció por un instante la mullida tierra. Todos los dulcigarenses miraron al unísono al cielo y con el semblante a punto de desencajarse, lanzaron un grito estremecedor que se expandió hasta chocar con las duras montañas que rodeaban aquel país de nube.

Cuando el aullido se apagó del todo, la gran figura alada eclipsó la luz y habló dirigiéndose a todos los presentes:

—Saludos gentes de bien, vengo de un viaje muy largo, casi interminable, en busca del secreto que pueda salvar a los míos.

Los habitantes de las colinas blandas todavía no se atrevían a articular palabra.

—No sabemos qué extraña enfermedad asola nuestras frías y duras tierras — prosiguió el ser alado— pero muchos de mis hermanos han caído en un profundo delirio desde que cayó del firmamento una extraña esfera verde. Ha echado raíces en las rocas y ha contaminado nuestras aguas. ¡No sabemos de dónde ha venido ni lo que quiere de nosotros! El más sabio de los nuestros me hizo emprender este viaje para buscar a los seres que no conocen el mal. Dijo que podríais ayudarnos...

Aquellas gentes no habían entendido ni la mitad de las palabras de aquel gigantesco bicho, pero en su interior se abrió un pequeño hueco que no supieron identificar con ninguna de las sensaciones y emociones a las que estaban habituados. Uno de ellos se atrevió por fin a hablar:

—Querido amigo volador, no sé cómo podemos ayudarte pues en nuestro hogar nunca habíamos oído hablar de enfermedades, delirios o aguas contaminadas. Todo esto nos ha pillado por sorpresa, pero haremos lo que esté en nuestra mano.

Entonces el gran Aralar, agradecido y exhausto, cayó al suelo vencido por el cansancio. Los dulcigarenses cuidaron de él hasta que recuperó sus fuerzas. Pasó muchos días en aquel lugar suave y elástico, donde la vida transcurría sin la menor de las preocupaciones. El tiempo era tan leve, que Aralar casi se olvida de por qué había llegado hasta allí, pues nadie volvió a sacar el tema de aquella maligna esfera verde.

Un día, Uriot, un pequeño niño que disfrutaba de la compañía del extraño ser porque era el único que le hacía reír a carcajadas,

observó que Aralar iba perdiendo el curioso brillo de sus ojos hasta casi transformarse en una mirada cargada de indiferencia.

Entonces Uriot, deseando animar a su amigo, sacó de su morral la bolsita donde guardaba sus canicas, y una de ellas escapó rodando hasta quedar frente al rostro de Aralar, que rápidamente recuperó el brillo de sus ojos.

Aquella diminuta bola verde le hizo recordar qué hacía allí. ¡Por fin vio la señal que había estado buscando tanto tiempo! Supo exactamente lo que tenía que hacer, nadie más que él en Dulcigar hubiera podido descubrir el secreto para sanar el mal que estaba destruyendo su hogar.

Recuperado y feliz de poder regresar con una solución, y también de salir de ese lugar aburrido y monótono, agradeció a los habitantes de las colinas blandas su hospitalidad y sugirió al pequeño Uriot que le acompañara en el viaje, prometiendo traerlo de nuevo una vez cumplida su misión.

Los dulcigarenses no podían llegar a imaginar ningún peligro, así que dejaron marchar al niño con el extraño ser que, al fin y al cabo, había dado algo de qué hablar y les caía simpático.

Uriot y Aralar despegaron de allí con una extraña emoción en el espíritu. El viaje fue largo y el niño disfrutaba sorprendiéndose a cada instante. Se alegraba tanto de descubrir que existían otros suelos y aromas diferentes a los de su hogar, que no sentía ganas de volver hasta haber conocido todo lo que era diferente.

Los dos amigos llegaron al fin al Valle de Piedra. El niño observó el paisaje con gran admiración y contempló un lugar colmado de profundas simas, cuevas, ríos subterráneos y rocas puntiagudas.

Les recibió con gran júbilo un pequeño grupo de sus habitantes, los Iridianos, seres alados de piel de carbón iridiscente, ojos de arcoíris y dientes acristalados. Llevaban tanto tiempo esperando noticias que estaban expectantes y ansiosos por saber cuál sería la solución a ese mal que se había aferrado a sus pétreas tierras.

Habían tenido que amarrar a muchos de sus camaradas, pues los delirios que transmitía la Esfera Verde habían provocado graves altercados entre ellos, y no sabían de qué otra manera frenar su locura. Pero había llegado por fin el momento de su salvación.

Fueron todos pues, al lugar donde se hallaba agarrada la gran bola. La energía del paraje era impenetrable, tensa y cargada de un misterio sobrecogedor. Era el momento.

Entonces Uriot y Aralar se acercaron lentamente a la Esfera. El niño, con mucho cuidado, sacó su bolsita de canicas que tendió con gran respeto a su amigo alado.

Y Aralar, con una mirada que nunca se había visto en el Valle de Piedra, mostró su risa puntiaguda mientras lanzaba la bolsa de canicas por los aires.

El tiempo se disolvió en el momento en que todas las canicas cayeron, quebrándose en miles de esquirlas al encontrarse con el duro suelo de piedra. Todas menos una.

Los presentes miraron fijamente la diminuta bola verde que había quedado suspendida en el aire frente a la gran Esfera. En ese instante ocurrió.

La Esfera maligna desprendió una atronadora luz, que cegó por varios segundos a todos los presentes. Retumbó el suelo mientras se resquebrajaban sus profundas raíces verdes y la Esfera emergió de su cráter elevándose suavemente hacia la pequeña bola.

Y de repente, se derritió.

Y el líquido verde que derramó se volvió de un azul turquesa precioso, que impregnó las aristas de aquel Valle y bañó sus simas, cuevas y ríos subterráneos, volviendo a sanar sus aguas.

Entonces sucedió algo maravilloso. Una lágrima turquesa brotó de cada ojo que pudo sentir ese gran acontecimiento, incluso Uriot, que nunca había llorado, se rindió ante esa emoción indescriptible.

FIN

NADA NI NADIE

PALOMA MARTÍNEZ MOLINA

El ruido de la calle le despertó, sacándole de aquel sueño ya olvidado. Miró extrañada a su alrededor, observando atentamente que no había nada ni nadie que le diera la mínima pista de quién era o dónde estaba.

Se incorporó lentamente y comenzó a palpar su rostro, intentando averiguar qué aspecto tenía. Al tacto, no era capaz de averiguar cuántos años tendría porque, aunque algunas arrugas y cicatrices ya marcaban su piel, su corazón latía con la fuerza de una niña.

Agitada, recorrió todas las habitaciones de aquella casa intentando encontrar algo que la rescatara de aquella incertidumbre que la devoraba por dentro cada vez más. En ese instante, el sonido del teléfono le sobresaltó. Lo descolgó y alcanzó a decir temerosa:

—¿Quién es?

—¿Cómo que quién soy? ¿Estás de broma? He perdido la cuenta del tiempo que llevo esperándote. Tienes treinta minutos, ni uno más.

Y colgó.

Aquella llamada terminó de desconcertarle. No reconoció esa voz, ni sabía el lugar al que debía dirigirse.

Se vistió rápidamente y bajó las escaleras que le separaban del resto del mundo. No había puesto un pie en la calle, cuan-

do advirtió la mirada de aquel animal que parecía conocer más de su identidad que ella misma. Emocionado, se abalanzó sobre ella y comenzó a dar saltos a su alrededor demandándole atención y caricias. Ella, aturdida, le respondió con todo tipo de carantoñas que probablemente le aliviaran más a sí misma que al animal, pero recordó que tenía muy poco tiempo para llegar a algún lugar que desconocía donde la estaban esperando, deseando encontrar allí alguien que le ayudara a responder sus preguntas.

Entonces, mientras miraba todas las calles que la rodeaban intentando decidir qué camino debía escoger, escuchó algo a lo lejos que le atrajo poderosamente, ese sonido que, extrañamente, le resultaba muy familiar.

Caminó unos metros hasta que pudo reconocer por fin, en un grupo de niños mientras jugaban, esas risas despreocupadas e incontrolables, disfrutando de todo y de nada a la vez, provocando en ella una sonrisa involuntaria.

Mientras los observaba, algo le hizo desviar su atención, ese olor... ¿de dónde procedía? Cambió su rumbo de nuevo y se dirigió hacia el inicio de aquella planta que abrazaba la fachada de una antigua casa. Cuando llegó, se apoyó en la pared y se deslizó hasta el suelo donde, sentada junto a ella, cerró los ojos respirando su aroma profundamente y sintiendo que, junto con los rayos de sol que rozaban su rostro, estaba protegida y a salvo.

—¿Pero qué haces debajo de esa jazminera? ¿Y de quién es ese perro?

Dijo la misma voz de aquella llamada, que le hizo abrir los ojos de nuevo.

—¡Venga! Están esperándonos y ya nos hemos perdido demasiadas cosas.

Le dio la mano y la levantó del suelo, impulsándola de nuevo a caminar, diluyéndose entre la multitud, el sonido de las risas y ese intenso olor a jazmín.

ANIMALADAS

JAVIER RUANO

Erased una vez, en un tiempo muy lejano en el que los seres humanos aún podían volar, los animales de todas las especies hablaban la misma lengua, cuando los sapos eran respetados por su sabiduría y donde todos se admiraban de las inmensas construcciones sagradas de las hormigas. En aquel tiempo increíble y mágico, sucedió algo que cambiaría el mundo por completo.

Como ya se ha dicho, eran tiempos mágicos, pero también peligrosos pues los conflictos entre los distintos animales eran muy frecuentes. Continuamente había disputas por todo, por los mejores alimentos, las mejores tierras, las flores con más néctar y las aguas más limpias y abundantes. Hasta tal punto llegaron las disputas que un día los conejos declararon la guerra a los ratones de campo por las madrigueras. Los caballos, en nombre de las cabras y las ovejas, demandaron a las gacelas por devorar los pastos dejando al resto de herbívoros los peores prados. Los tigres y los leones se citaban en manada para pelear. Unos decían que eran los reyes de la sabana y los otros que eran los reyes de la selva. En cualquier caso, ambas bandas querían ser los reyes y reinar sobre el resto de felinos. Por otro lado, los castores habían expulsado a las nutrias de sus cobijos por no cumplir la normativa. Las nutrias se defendían alegando que

esa normativa se la habían inventado los castores para echarlas de su hogar, quedarse toda la madera del bosque y construirse unas mansiones gigantescas sobre los ríos. Los salmones también se quejaban de los castores porque sus enormes casas les impedían remontar las aguas y cumplir su destino biológico. En otros reinos animales sucedían conflictos parecidos, en el de los invertebrados, entre las aves, los crustáceos y, se rumoreaba, que hasta en el mundo microscópico se daban grandes conflictos.

En la charca de los sabios, los sapos no daban abasto recibiendo quejas desde todos los reinos animales. Todos querían que los sapos más eruditos les dieran una solución a sus problemas y a sus conflictos. Éstos, con sus voces graves y cavernosas, transmitían paz y sosiego e intentaban conciliar las disputas de unas y de otras especies. A veces conseguían calmar los ánimos y se firmaban acuerdos y pactos. Pero no pasaba mucho tiempo hasta que volvían los desencuentros.

Un día, tras una tregua de tres primaveras, los conejos volvieron a declarar la guerra a los ratones de campo. A los conejos se le unieron también los topos. Al parecer, los ratones de campo habían sido vistos entrando en las madrigueras para robar las lechugas y las zanahorias de los topos y de los conejos. Los sapos no pudieron contener a la alianza de «Toponejos», que asediaron a los ratoncillos en una de las últimas madrigueras que les quedaba sin ser conquistada. Los pelícanos, aliados de los ratones, les lanzaban alimentos desde el cielo para que éstos resistieran, pero las gaviotas, que tenían intereses con los conejos, impedían que las verduras cayesen en manos de los ratones. El conflicto se desató aún más cuando los ratones pidieron ayuda a los suricatos, conocidos por su disciplina y su organización. Los suricatos consiguieron hacer retroceder a la alianza de «Toponejos» y éstos perdieron muchas de sus madrigueras importantes. El conflicto se dilató en el tiempo y otras tantas especies se unieron a la batalla. Bosques enteros ardieron, los caballos no daban abasto

con las demandas. Las vacas, que siempre habían sido muy pacíficas, atacaron a los lobos. Los lobos, no se sabe por qué, comenzaron a hacerse vegetarianos y, en consecuencia, también empezaron a enfermar. Las gallinas picoteaban y destruían sus propios huevos, los gallos saltaban de los acantilados para intentar volar sin conseguirlo. Uno de los momentos más dramáticos que se recuerda fue cuando los delfines se adentraron tierra adentro para nadar y hacer piruetas sobre la arena del desierto. Nunca más se les volvió a ver. Las ardillas gritaban desde los árboles que todos estaban malditos y que pronto llegaría el advenimiento del creador anónimo para castigar a todos los infieles pecadores. Parecía que al mundo se le había dado la vuelta por completo. Una locura colectiva se había apoderado de todos los animales del planeta Tierra.

Los sapos habían perdido la autoridad, se les culpaba por haber creado todo aquel caos. Las ranas tomaron el mando al grito de «¡Arriba nuestras ancas! ¡Fuera los verrugosos!». Las ranas apresaron a los sapos y se hicieron con el control de la charca de los sabios para dictar leyes y veredictos. Convirtieron la charca en un oráculo al que había que llevar tributos. No pasó mucho tiempo hasta que el reino de los insectos acusase a las ranas por convertir la charca de los sabios en un circo de pulgas. Al parecer lanzaban a las pulgas a la arena para ser devoradas por ranas que, a su vez, competían en un espectáculo para el deleite de otras ranas aristócratas. Los caballos defendían en un juicio a las ranas y las cebras al reino de los insectos pero, como era de esperar, el juez era una rana y el juicio fue un fraude a ojos de todos los animales. Nunca como en aquellos tiempos el mundo había estado tan desatinado.

Unos pocos sapos, que pudieron escapar y esconderse en un pantano secreto, se reunieron para intentar encontrar una solución que convenciese a todos los animales. Después de reflexionar mucho, resolvieron que lo más sabio era observar al mundo. Quizá así podrían encontrar algo que no estuviese en conflicto. Para su sorpre-

sa, se dieron cuenta de que había una especie que no tenía ningún conflicto con ningún otro animal, los seres humanos. Se les veía volar por los cielos ajenos a todos los males, bajaban para beber agua de los ríos, cazaban para comer, entre risas recolectaban frutos de aquí y de allá y volvían a alzar el vuelo con sus grandes alas emplumadas. No sólo eran pacíficos con otras especies, también lo eran entre sus distintas tribus. Sí, había que encontrar a un humano en tierra. Quizá los humanos tuvieran una respuesta, una solución.

Los sapos decidieron enviar a Sapino, un sapo muy valiente y veloz que se adentraría por los peligrosos caminos hasta llegar a las amplias marismas donde los humanos migraban en esta época del año para descansar. Sapino no perdió el tiempo y rápidamente emprendió el camino ocultando sus temores en lo más profundo de su corazón. Sapino saltó y saltó a gran velocidad para llegar lo más rápido posible a las amplias marismas. Durante este viaje le sucedieron grandes aventuras y no pocos problemas pero, como en *La Historia Interminable*, esa es una historia que deberá ser contada en otra ocasión. Ya se imaginará el lector que no fue fácil para él, pero Sapino encontró el camino. Aún faltaba un largo trayecto, sin embargo, se sentía recuperado y fortalecido tras tantas emociones y aprendizajes. De pronto, un extraño ruido lo asustó y saltó veloz hacia los matorrales que poblaban el camino.

—Oye, ranita —dijo una voz.

—¡No soy una rana! —dijo Sapino arrepintiéndose en el mismo momento por haberse delatado.

—Discúlpame. Entonces seguramente serás un sapo. ¿Me podrías indicar el camino a las amplias marismas? Tengo un ala dolorida y no puedo volar para ver el camino desde arriba —contestó la misma voz.

Sapino miró bien y vio una enorme figura alada que mediría tanto como un ciervo. Era indudable, por fin había encontrado a un humano. El sapo Sapino saltó de alegría y rápidamente le contó todo

lo que sabía, todo lo que podía y todo lo que la prisa por hablar le permitía. El humano soltó una carcajada que detuvo en seco a Sapino pues nunca había oído a nadie reír.

—No te preocupes, mi pequeño amigo. Tenemos tiempo para que me lo cuentes todo. Dime, ¿sabrías llegar a las amplias marismas? —dijo el humano.

—¡Yo iba hacia las amplias marismas! ¡Yo te guiaré! —dijo Sapino animoso.

Durante el camino, ambos se hicieron buenos amigos. Sapino le contó todas las cosas que estaban sucediendo en el reino animal y el humano, que resultó llamarse Pedro, lo escuchó atentamente y con preocupación.

Por fin llegaron a las amplias marismas donde Sapino pudo ver el campamento de los humanos. Allí, algunos de ellos hacían piruetas en el aire, otros se refrescaban en las claras aguas, otros cocinaban, reían, jugaban y parecía estar todo en un ambiente de paz. Una extraña sensación invadió al sapo Sapino. Deseaba esa humanidad para todos los animales.

Pedro el humano le pidió a Sapino que esperase mientras iba a contarles a todos lo que estaba sucediendo. Sapino le hizo caso y el humano corrió a reunirse con los suyos. El sapo vio cómo Pedro hablaba con unos y con otros. Poco a poco, todos los humanos comenzaron a bajar de los cielos, a salir de las aguas y a prestar atención a lo que Pedro el humano estaba contando. Un gran círculo se formó alrededor de Pedro y Sapino ya no podía verlo. Sin embargo sí vio cómo el semblante de otros humanos se iba tornando cada vez más serio y lo que antes eran risas y alegría, ahora era seriedad y preocupación.

Todo un día con su noche duró el debate de los humanos. Los presentes se habían ido sentando poco a poco a lo largo de la jornada. El debate que hubo durante el día se fue calmando hacia la noche y sobre las tres de la madrugada todos estaban en silencio, pero no

dormían, reflexionaban. A Sapino ese silencio le provocaba mucha inquietud y pensaba si no habría solución.

Con el primer rayo de la mañana, uno de los humanos se levantó y dijo algo que Sapino no pudo oír. Todos los presentes, sin mediar palabra pero con miradas cómplices, asintieron y se fueron marchando. Unos caminando y otros volando, pero todos en silencio. Sapino, por fin, vio cómo Pedro se acercaba a él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sapino.

—Hemos tomado una decisión. Vamos a quitarnos las alas —contestó Pedro.

¿Era esa la solución? Sapino no entendía por qué los humanos tenían que quitarse las alas para poder terminar con los conflictos del mundo. Pedro le explicó que los humanos eran los ángeles de la Tierra pero que, a causa de sus alas, habían perdido el contacto con lo más terrenal.

—Todos los animales que han provocado los conflictos son responsables, pero también nosotros hemos descuidado nuestra labor. Nos hemos dejado volar y solo quitándonos las alas podremos volver a solucionar los problemas desde la tierra —dijo Pedro en un tono serio, pero amable.

—¿Y qué pasará si los animales no os quieren escuchar? —preguntó Sapino.

—Los que no escuchen serán castigados y servirán de alimento para los humanos y para otros animales —contestó Pedro.

Estas palabras aterrorizaron a Sapino pero entendió que, ante la locura en la que se había convertido el mundo, no había otra opción.

—Tú, Sapino, deberás transmitir este mensaje. A nosotros se nos caerán las alas y ya no podremos volar. Con el tiempo, olvidaremos quienes fuimos y por qué estamos aquí. No tendremos el equilibrio entre el cielo y la tierra. Llegará un momento en el que olvidaremos lo importante porque estaremos atados a lo terrenal —explicó Pedro.

Sapino escuchaba con mucha inquietud y una duda surgió en él:

—Entonces, si caen vuestras alas nunca más podréis volver a volar... Y tampoco podréis...

—Exacto, tampoco podremos —contestó serio Pedro—. Cuando lo hayamos olvidado todo, cuando ya no recordemos quienes somos y hayamos perdido totalmente el equilibrio entre el cielo y la tierra, vosotros, los sabios, nos recordaréis que nuestro lugar está en los bosques, en los mares y en los cielos. Cuando nos veáis alejados de todo eso y ya no sepamos hablar con ningún otro animal, venid en nuestra ayuda —explicó Pedro ante la mirada temerosa de Sapino.

Los dos amigos se despidieron y Sapino emprendió de nuevo su viaje de regreso. Mientras se marchaba pudo ver cómo los humanos se dispersaban en todas las direcciones para expandirse por el mundo. Pero ya no volaban, caminaban, corrían y escalaban, nadaban y creaban todo tipo de artefactos con los que consiguieron, más adelante, resolver muchos de los conflictos que había entre los animales.

Esta historia fue transmitida por Sapino a los sapos sabios de la charca y a otros muchos animales que entendieron el sacrificio de aquellos ángeles que perdieron sus alas. Hoy en día algunos humanos conocen esta historia como una antigua leyenda. De entre los humanos hay quien cree que pudo suceder, otros piensan que sólo es un mito que un día alguien se inventó, pero la mayoría la han olvidado y viven lejos de los bosques, de los mares y de los cielos. Pero, sin embargo, hay quien asegura que todavía hay unos poquitos, quizá sean dos o tres humanos, que aún pueden hablar con los animales. Dicen que estos humanos no han olvidado y aseguran que algún día todos los seres humanos encontrarán de nuevo el equilibrio entre el cielo y la tierra. También dicen que hay algunas personas que los han visto volar, pero seguramente todo esto no sean más que leyendas, mitos o el cuento de un humano que intenta recordar.

UN GIGANTE LLAMADO AMISTAD

RICARDO SOLER



rase una vez un mundo oscuro y cálido en el que resultaba imposible habitar el espacio terrenal.

Habían transcurrido tantos siglos que ni los más sabios podían rastrear su origen. Se limitaban a relatar historias ancestrales en las que especies ya extintas dominaban la tierra. En aquellos tiempos, existieron tantas especies desconocidas que aún hoy se cree que alguna de ellas fue el punto de ignición que motivó el cambio.

Las nubes donde residían los duendes-enanos se estaban volviendo escasas, ya que otros seres alados habían decidido trasladarse debido a las dificultades para volar. El clan de los Gondi convocó una reunión en busca de un nuevo líder que guiara al clan en la búsqueda de una fórmula para regresar a la tierra.

Durante la reunión, los Gondi llegaron al consenso de que el atributo utilizado para elegir al nuevo líder sería el tamaño. Cuando el sol alcanzó su posición más elevada en el cielo, las campanas sonaron y el sacerdote centenario llamado Suanwa levantó su bastón y señaló a Dimigondi.

Dimigondi era hijo de dos enanos y pertenecía a una especie casi extinta, pues era puro y no tenía sangre de duende. Era de tamaño verdaderamente diminuto y tenía la capacidad de moverse por

las nubes tanto por encima como por debajo. Poseía una piel rosada muy resistente y hablaba el idioma de los insectos. En un silencio asfixiante, Suanwa se dirigió a él y dijo:

—El clan de los Gondi deposita en tu diminuto pero energético cuerpo el destino de nuestra especie. Debes emprender un largo viaje a través de la atmósfera y descubrir el origen de esta maldición. Confiamos en ti para llevarnos de vuelta a la Tierra antes de que las nubes se desvanezcan.

Todos los duendes-enanos alzaron sus brazos y entonaron el célebre cántico del Anikuni. Dimigondi levantó la mano y el silencio se hizo presente. Con seguridad y voz firme, declaró:

—Estoy dispuesto a emprender el viaje y asumo la responsabilidad y el riesgo, pero con una condición.

Suanwa, quien no estaba acostumbrado a recibir réplicas, respondió:

—Si eres capaz de salvarnos, puedes pedir lo que desees.

Dimigondi, visiblemente nervioso y después de susurrar algo a Mosqui, su leal amigo alado, enunció sus condiciones:

—Quiero que los magos me otorguen alas y me hagan crecer para poder habitar en la atmósfera.

El clan se puso nervioso y el ruido se volvió ensordecedor. Suanwa tuvo que golpear varias veces su bastón para conseguir el silencio y, finalmente, concluyó:

—Dimigondi, sabes que al clan solo le queda un deseo, y esto nos dejaría desprotegidos en caso de un ataque por parte de los seres alados.

Dimigondi replicó:

—¿Hay algún deseo más anhelado que lo que les voy a ofrecer?

El clan entero gritó al unísono:

—¡Dimigondi! ¡Dimigondi! ¡Dimigondi!

Suanwa estaba enfurecido, pero se dio cuenta de que estaba en una encrucijada y aceptó la condición con seriedad.

Dimigondi y Mosqui dedicaron la tarde a preparar su equipaje y al alba partieron en su viaje. Desde hacía décadas, el padre de Dimigondi había sido el único miembro del clan que abandonara la tribu en busca de lo desconocido. Antes de morir, le dijo a su hijo que la solución a cualquier problema solo se encontraría con Milserpi, una serpiente de mil cabezas. Sin embargo, había dos problemas: Milserpi era nómada y nunca se sabía dónde encontrarla y, a cambio de la solución, exigía un sacrificio arduo.

Dimigondi eligió a Mosqui debido a su serenidad y su capacidad para controlar su fuerza. Además, podía volar y llevarlo en su espalda para aumentar la velocidad. Eran el equipo perfecto para la expedición, ya que uno proporcionaba la fuerza y el otro el control. Dimigondi no temía a nada y juntos comenzaron el viaje, dirigiéndose hacia el sur y ascendiendo hacia el límite de la atmósfera, en busca de algún refugio potencial donde encontrar a Milserpi.

A los pocos días de su partida, llegaron a lo que parecía una tormenta eléctrica intensa. Era evidente la espiral vertical en el centro del tornado y, en su intersección, se encontraba un lago con una isla en medio. Mosqui detuvo su vuelo, considerando regresar o cambiar de rumbo. Dimigondi no entendía lo que sucedía y ya había empuñado su hacha, preparado para cualquier eventualidad. Después de una acalorada discusión, la energía e inocencia de Dimigondi prevalecieron y la valiente pareja se dirigió hacia el peligro.

Mosqui carecía de la fuerza necesaria y se vieron atrapados en la espiral. Fueron arrojados fuera y el miedo los invadió, ya que pensaron que serían arrastrados hacia abajo y acabarían en la Tierra. Desconocían la razón, pero tocar la Tierra significaba el fin de la vida para todas las criaturas... Afortunadamente, ingresaron a la espiral desde su parte más alta y chocaron contra el lago. Los dos diminutos seres nadaron hasta la isla, donde se reencontraron. Estaban exhaustos pero extremadamente felices de estar vivos. Sin embargo, se encontraban atrapados en el centro de una tormenta interminable.

Cuando la noche cayó, una rana blanca se acercó a ellos. Mosqui le preguntó a su amigo:

—¿Es una rana? ¡No puede ser cierto! —Los sabios del clan les habían contado historias sobre las últimas criaturas que habitaron la Tierra, y una de ellas eran las ranas.

Dimigondi estaba alterado y depositaba mucha confianza en la rana. En ese estado, se acercó directamente a la rana blanca y, de manera apresurada, le preguntó:

—¿Eres una rana? Si es así, ¿por qué eres blanca? ¿Esto que pisamos es la Tierra? ¿Estamos en el pasado?

La rana guardó silencio durante unos segundos y luego, con una voz tranquila y serena, respondió:

—Relájate. Relájate. Las respuestas a tus preguntas son: sí, soy una rana; antes era verde. Sí, estamos en la Tierra, en el presente.

Tras sus respuestas, la fragancia de la hierba se hizo presente, el agua se aquietó y una suave brisa secó a los jóvenes aventureros. Se sentían confusos pero calmados. Dimigondi bajó su hacha, respiró profundamente y volvió a dirigirse a la rana, esta vez con mayor tranquilidad:

—Necesitamos tu ayuda para salir de aquí, pues tenemos una misión importante. ¿Sabes cuándo cesará la tormenta o cómo podemos escapar de este lugar?

La rana sonrió con energía y se dirigió al pequeño enano:

—La respuesta a ambas preguntas la tiene mi gran amigo Milserpi, pero yo también conozco la respuesta a la segunda. —Dimigondi saltó de júbilo, aunque no pudiera verse entre la hierba, mientras Mosqui fruncía el ceño, mostrando su desconfianza. Mosqui tomó la palabra y le sugirió que les mostrara la forma de escapar y les diera alguna pista sobre el paradero de su amigo Milserpi.

La rana volvió a reír a carcajadas.

—¿Por qué pensáis que soy blanca y estoy aquí encerrada? Esa escurridiza serpiente me quitó el color cuando más verde me sentía.

Me apagó y me condenó a vivir encerrada en el agua alrededor de esta isla. Si piso la hierba, bajarán esos gigantes seres alados de arriba y me comerán. La salida de este trozo de tierra está en el centro de la isla, y hay que dar un salto mágico que solo las ranas podemos ejecutar. Esa serpiente era mi mejor amiga, pero me traicionó. Por su culpa estamos encerrados para siempre, a menos que sepáis cómo resolver este dilema.

El pequeño enano miró hacia arriba y cruzó su mirada con Mosqui, quien ya lloraba. Dimigondi negaba con la cabeza y Mosqui se dirigió a la rana:

—Tengo la solución al dilema, pero necesito saber algo del pasado que tú sabrás. Si estamos en lo que era la Tierra, no estamos en el pasado, y la Tierra era como la estamos viendo. ¿Qué ocurrió para que el mundo se convirtiera en inhabitable? ¿Es posible convertirla de nuevo en el fantástico lugar que estamos viendo?

La rana se puso seria y triste antes de comenzar a contarle la historia:

—Los seres más inteligentes dominaron la Tierra y cuando todo parecía eterno, su inteligencia los derrotó. Comenzaron a comerse los pastos, vegetales y animales. Gastaron todos los recursos. Posteriormente, pasaron a destruirse ellos mismos y crearon el odio eterno que condenó a la Tierra a lo que es hoy. Esta tormenta infinita que nos tiene atrapados es la llave, ya que si se detiene la tormenta, este lugar se expande y todo vuelve a ser como era.

Mosqui se acercó a la hierba y tuvo claro que tenían que intentarlo. Los enanos puros eran capaces de cambiar los colores de las cosas con sangre de insectos. Esta habilidad era muy poderosa, pero conllevaba un sacrificio. La única solución al problema era que Dimigondi sacrificara a Mosqui con su hacha y devolviera el verde a la rana. Dimigondi no podía aceptarlo y se negó furiosamente. Pataleó, gritó, corrió... Era su mejor amigo y vivir con él era la única razón de su existencia. Tras varias horas de discusión, los dos amigos llegaron

a un entendimiento. De ellos dependía el clan y solo tenían esa opción. Mosqui había descubierto cómo se solucionaba todo, pero le negó la respuesta a su amigo.

Dimigondi temblaba y lloraba desconsolado durante la despedida. Después de mucha vacilación, logró alzar su hacha y acabar con la vida de su amigo. Se sentía destrozado, pero mezcló las lágrimas con la sangre de Mosqui y pintó con ellas a la rana. En ese instante preciso, la rana adquirió un tono verde y se transformó en una serpiente de mil cabezas. ¡Era Milserpi! La tormenta se detuvo y Dimigondi estalló en cólera:

—¡Nos has engañado! He matado a mi querido amigo. ¿Y ahora qué debo hacer?

La serpiente le aseguró que había realizado el sacrificio correctamente y que podía ayudarlo a resolver lo que buscaba. En ese momento, Dimigondi descubrió que su amigo tenía un conocimiento profundo de todo y se había sacrificado por él.

Dimigondi solicitó lo que el clan le había encomendado y la serpiente se dirigió al enano:

—Habéis demostrado una valentía admirable y, por encima de todo, habéis irradiado amistad y amor eterno hacia los demás. Habéis impregnado el mundo de esperanza y el odio desaparecerá. Jamás imaginé que después de tantos siglos el amor llegaría de un ser tan diminuto.

Tras pronunciar estas palabras, las 999 cabezas de la serpiente se dispersaron en todas las direcciones, llevándose consigo la oscuridad, la tormenta y el peligroso suelo de la tierra. Una intensa luz empujó la atmósfera compleja hacia el planeta y la Tierra volvió a ser como en tiempos pasados, donde el sol brillaba nuevamente. Milserpi ahora era una simple serpiente que se deslizaba junto a un arroyo, alejándose.

Todo el mundo irradiaba felicidad, pero Dimigondi se sentía destrozado. Cuando se unió al clan, Dimigondi era un héroe para to-

dos, pero ya no era el inocente enano que había emprendido el viaje. Ya no se sentía ni fuerte ni ganador. La necesidad de poder ya no lo invadía. Su único deseo era volver a ser como antes y disfrutar de la vida junto a Mosqui, su amigo.

Dimigondi estaba con la cabeza gacha cuando sintió un golpe en la pierna. Era Suanwa.

—Tenía muchas dudas de que lograras la hazaña, pero lo has hecho. Has salvado el mundo y eres un héroe. Aquí están los magos para convertirte en un gigante alado que podrá reinar en la tierra y en los cielos. Serás recordado eternamente.

Dimigondi vio la luz. El nuevo mundo se detuvo por un instante y dio un enérgico salto, gritando:

—¡No, esperad un momento! Ya no quiero ser el más poderoso y tenerlo todo si voy a estar solo. ¿De qué sirve que me recuerden aquellos que no conocen quién soy? Si ni siquiera me reconozco ni me quiero a mí mismo. Solo deseo que Mosqui regrese y pueda disfrutar de este hermoso mundo conmigo.

Suanwa estaba perplejo.

—¿Estás seguro de eso? Solo tienes un deseo y es irreversible. Mosqui era un simple insecto. No puedo entender el sacrificio que estás dispuesto a hacer.

Dimigondi respiró mientras sonreía y respondió que no había mayor poder que la amistad.

Los magos comenzaron su hechizo y, a los pocos minutos, Mosqui apareció desde los cielos. El reencuentro fue emotivo y los dos amigos se abrazaron fraternalmente en un estallido de colores. Todo el clan y todas las criaturas aladas los rodeaban. Fue una celebración nunca vista.

Los dos grandes amigos fueron felices el resto de sus días y recorrieron el mundo por tierra y aire. Desde entonces, el mundo entró en una paz eterna donde el lema era: «LA AMISTAD ES PODER».

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklóre nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner ‘alergia’, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

Incluimos aquí algunos de los ejercicios que se realizaron durante el proceso del taller y que sirvieron para entrenar el uso de las metáforas y el lenguaje simbólico.

PROPUESTA. Tras el visionado del número de clown «Tormenta de nieve» creado por Slava Polunin para el espectáculo «Alegría» del Cirque du Soleil, Los asistentes al taller escribieron un texto sobre lo que les había sugerido la historia representada:

1. VIAJERO SIN ALMA

Andrés Piñero

La vida es un viaje, una continua búsqueda.

Érase una vez un hombre al que le costaba mantener el corazón sujeto, andaba perdido y distante, montado en un continuo tren, sin conocer el valor del amor.

Pero qué bonito es soñar y pensar en un abrazo, fundirse con la sombra que alarga la tuya, emocionarse, al fin y al cabo.

¿Podría ser así?

No hay un despertar igual, el tren nunca para, y quizá se baje en la próxima estación. Porque el corazón estaba en su bolsillo y todo fue real, fue real en su interior, y no pudo más que sumergirse en una tormenta de lágrimas, nunca podrá volver a vivir ese momento...

2. TURBULENCIAS

Paloma Comuñas

Corría apresurado con su maleta, siempre iba con prisas, era algo que no podía evitar. Sentía ese calor interior movido por una fuerte brisa cada minuto de su vida.

Un día, entre ese ir y venir, en una de sus constantes turbulencias, su maleta cayó precipitadamente al suelo y se abrió. Salió de ella su máscara, esa que usaba cada vez que aterrizaba en un sitio, después de cada una de sus carreras.

El hombre quedó paralizado, nunca había visto a su propia

máscara plantarle cara, mirarle de frente, tampoco había tenido nunca esa sensación de parar. La máscara le susurró algo al oído, algo que nunca olvidaría, algo que no sabía si iba a conseguir, le abrazó y él quedó helado, su constante calor y brisa pararon de golpe, comenzó a respirar suave y sollozar.

La máscara se despidió y él quedó desnudo, perdido, buscando.

PROPUESTA. Los asistentes cogieron al azar tres cartas diferentes de animales. La primera carta sería el personaje que representaría su infancia, la segunda carta la juventud y la tercera, la madurez. Tenían que escribir una historia con los tres animales como protagonistas y con las características propias de cada uno de ellos.

1. CUENTO SALMÓN

Andrés Piñero.

No hay mayor reto que nacer, dijo la mamá salmón.

Conocerás lo dulce y lo salado, aprenderás a ir a contracorriente, con fuerza y tenacidad, nunca dejes que el entorno te haga no recorrer el camino por trazar.

Seguramente pases por estados y etapas que marquen tu aprendizaje. Quédate al lado de los delfines, ellos harán tu vida divertida, saborea sus juegos, baila con ellos, sal a respirar y crece en armonía, son tus amigos.

Cuando vayas de retorno, al origen, al final, tu relato será apetecible, una historia única que querrán robarte, hay tigres acechando, te aconsejo que no te dejes arrastrar, nunca olvides, sabes bien quién eres, con coraje, pero sin perder el deleite del que formas parte, consigue tus metas, remonta el río, hazte eterno.

2. CRECER

Paloma Comuñas.

Ella era fuerte como una leona, sobrevivía a pesar de la falta de alimento, cariño y protección. Subía ágil las montañas en compañía de su fiel compañero perruno. Observaba desde su refugio cómo era la vida de los demás, siempre al acecho por si tenía que huir.

Poco a poco fue confiando en el entorno, se fue dejando acariciar y susurrar al oído. Empezó a sentir una calma que la hacía invencible. La sociedad ya no le parecía un peligro, ahora podía disfrutar de ella, pero quizás lo hizo en exceso. Tuvo que desescamarse en más de una ocasión, escamas viejas por escamas escudo.

Luego vino la sencillez, comenzó a respirar, respirar de verdad: inspira... expira... y así. Ahora podía sentir el amor en sus brazos, ya no eran amenaza, eran tranquilidad y refugio. Ya podía quedarse ante la flor que la alimentaba sin mirar a los lados ni atrás. Ya podía volar libre conservando sus flores.

Esta primera edición de *La Fuente Alada y otros cuentos*
se acabó de imprimir y encuadernar
en mayo de 2023.

El taller *Érase tu vez* se imparte regularmente. Si tienes
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde
se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este volumen decimosexto se han
recogido los cuentos escritos por: Paloma
Comuñas, Gloria Muñoz, Javier Ruano,
Paloma Martínez, Mara Ona, Andrés Piñero
y Ricardo Soler.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los
días 24, 25 y 26 de marzo de 2023 en La Casa
de la Piedra. Murcia.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-3-3



ISBN: 978-84-126443-3-3